

DOS TUMBAS

Luis Enrique Nieto Arango

El pasado 5 de agosto se conmemoró el centenario de la muerte de don Miguel Antonio Caro. Con ese motivo, en el Cementerio Central se le rindió un homenaje en el cual participaron el ex presidente Belisario Betancur y buena parte de la familia Caro, presidida por la mayor de las nietas que aún viven, Ana Caro de Caro.

Llevaron la palabra los doctores Carlos Holguín Sardi y Mariano Ospina Hernández, un destacamento del ejército le rindió honores y un tatarenieto suyo, Sergio Jaramillo Caro, viceministro de Defensa, colocó una ofrenda floral sobre su tumba.

Quien esto escribe asistió, como representante del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y en forma imprevista se le requirió para que hablara al final del acto.

Muy sorprendido, ante la necesidad de hilvanar unas palabras coherentes, me referí al señor Caro en su faceta de académico autodidacta que aprendió la lengua latina en brazos de su abuelo Miguel Tobar, lo que le permitió atesorar una exquisita cultura clásica que, unida a su inteligencia y disciplina, lo llevó a convertirse en el más destacado de nuestros “presidentes gramáticos”, como lo ha señalado Malcom Deas.

Foto: Revista del Rosario



Aludí a la amistad personal que unió al señor Caro con el doctor Rafael María Carrasquilla, rector del Rosario de 1890 a 1930. Precisamente a la entrada del Claustro de la calle 14 una inscripción latina, obra de Caro, perpetúa en el mármol la relación de estos dos personajes, claves para la política de la Regeneración.

Recordé así mismo que en plena época del radicalismo liberal, bajo la rectoría de Francisco Eustaquio Álvarez y siendo secretario Juan Manuel Rudas, don Miguel Antonio Caro regentó varias cátedras en el Claustro, al tiempo que lo hacía también su antagonista de toda la vida, el doctor Ezequiel Rojas.

Subrayé lo anterior como una muestra inequívoca del pluralismo y la tolerancia por todas las ideas que han distinguido al Colegio del Rosario desde su fundación por Fray Cristóbal de Torres en 1653.

Finalizada mi corta intervención, al tomar asiento frente a la tumba de Caro, vi con gran sorpresa que a la izquierda de esta (obviamente) se levanta el monumento funerario que guarda los despojos mortales de quien fuera un dios del olimpo radical: Ezequiel Rojas.

Ferviente católico, tradicionalista y neotomista el uno; utilitarista, masón y liberal hasta los tuétanos el otro, los dos polemistas hoy descansan en paz, unidos bajo esta tierra por la que tanto lucharon y a la que, sin duda, tanto amaron.

Borges enseñaba que a quien escribe le es dable todo, excepto registrar la moraleja. De todas maneras, desde lo más recóndito algo me dice que la vecindad de estos dos mausoleos, el de Miguel Antonio Caro y el de Ezequiel Rojas, está queriendo decir algo a los colombianos del siglo XXI.

Foto: Hugo E. Ramírez

